

## EN LA ESCUELA DE LOS SALMOS<sup>21</sup>

La oración cristiana no nace primeramente de la necesidad que experimenta el hombre de dirigirse a Dios, sino que más bien surge el día en que Dios se dirigió al hombre. Esta palabra de Dios al hombre dirige toda la oración. Dios toma la iniciativa. Al hombre le queda estar atento y acogerla en el gozo y la acción de gracias.

Ahora bien, la Escritura lo atestigua, Dios “ha hablado al hombre frecuentemente y de muchas maneras” (*Hb 1,1*), pero no se ha contentado con pronunciar e inspirar las palabras que él quería decir a los hombres. El mismo ha formulado las palabras que quería escuchar de parte de ellos cuando éstos respondiesen a su interpelación. Esto es lo que significa la presencia de la oración de los salmos en la Biblia canónica.

Esto podría sorprender a primera vista. La oración ¿no es esencialmente esta palabra que el hombre dirige a Dios? Pero esta oración, del hecho que ella pertenece a las Escrituras, parece haber sido reconocida principalmente como una palabra de Dios, una palabra que él mismo ha depositado en el corazón y en los labios del hombre.

Cristianos y judíos disponen así de una escuela y de un método de oración que les viene directamente del Espíritu de Dios, puesto que método y escuela han sido incorporados a la palabra escrita de Dios y a este título son inspirados por su Espíritu. ¡Privilegio y suerte únicos! ¿Hay un pueblo cuyo Dios esté tan sorprendentemente cerca a tal punto que ha querido darnos las palabras mismas de nuestra oración?

Pero ¿cómo es que Dios es así el autor del salterio? ¿Y cómo es que esta oración, primero judía, haya devenido también la de la Iglesia y la de cada cristiano que le presta su voz? ¿Y cómo cada creyente puede entrar en esta oración y apropiársela a su vez? Estas preguntas son hechas para tentarnos muy particularmente en este tiempo que se interroga sobre la oración y sobre las técnicas de recogimiento que conducen a ella.

### **El nacimiento de un salmo**

Volvamos al comienzo: primeramente fue Dios quien dirigió una palabra al hombre. Sin este paso a la primacía indiscutible, no hubiera habido jamás oración. Dios toma la iniciativa. Su palabra golpea el corazón del hombre. No es inmediatamente la Palabra tal cual fue puesta por escrito en las Sagradas Escrituras, sino que primero fue esta Palabra que es el Acontecimiento absoluto: su intervención todopoderosa y eficazísima en la historia de la salvación, la de las iglesias y la de cada destino individual. Incluso aquellos que viven fuera de toda palabra de la Biblia son alcanzados de una manera u otra por la fuerza de la Palabra de Dios.

Sin embargo, abandonado a sí mismo, el hombre no tiene por qué ser permeable a la Palabra. Él puede sólo presentarle el muro de su ceguera, una ausencia total de sensibilidad al timbre de semejante voz. En un primer momento, por otra parte, la Palabra de Dios es a menudo ensordecedora. Parece volver sordo o ciego, simplemente porque ella puede sólo revelar la sordera congénita de aquél a quien se dirige.

---

<sup>21</sup> De *Christus*, N° 96. Tradujo: Hna. Laura Kassabchi, osb. Monasterio Gozo de María . Córdoba – Argentina.

Pero, ¡no importa! La Palabra de Dios es siempre creadora y soberanamente eficaz. Trae con ella el poder necesario para vencer toda resistencia en los corazones. De ella misma surge la luz gracias a la cual el hombre podrá asirla. No se contenta con golpear el corazón, sino que además abre una herida. Ella trastorna el corazón que interpela y lo hace vulnerable: “Viva es la Palabra de Dios, eficaz y más incisiva que espada de dos filos, ella penetra hasta el lugar donde el alma y el espíritu se dividen” (*Hb* 4,12).

De este modo, todo hombre está cerca de ser un día entregado a la omnipotencia de la palabra. Incluso sin saberlo, estamos expuestos continuamente. Pero, ¿por qué eso?

La Palabra de Dios sólo nos hiere para encaminarnos progresivamente hacia una conversión y una verdadera “recreación”. Ella penetra por la debilidad para llenarla de su fuerza. Proclama primeramente nuestro pecado para colmar enseguida de perdón y de misericordia. Ella hace más todavía: viene a habitar en nosotros.

La Palabra de Dios se apodera del corazón del hombre a fin de que éste pueda apoderarse a su vez de la Palabra. Ella viene a habitar en el corazón, a fin de que el corazón termine permaneciendo en la Palabra. Poco a poco, el corazón se alimenta de ella exclusivamente, la rumia incansablemente, la asimila y se transforma en ella. Debe haber una larga y paciente escucha de la Palabra de Dios, cuyo sabor poco a poco nos penetra, cuyo poder, dulce pero irresistible, nos arrastra y nos mantiene insensiblemente en su campo de energía. El corazón y la razón salen de ella purificados. Todos los deseos se encuentran como unificados para abrazar el deseo de Dios cuya Palabra derrama el gozo contagioso. Y he aquí que un nuevo surgimiento se prepara.

De esta lenta asimilación, de esta mutua compenetración del corazón y de la Palabra, un día nacieron los salmos. De un corazón que, a fuerza de escucharla y de hacerse permeable, se había como identificado con la Palabra a tal punto que deviene a su vez Palabra. Nacidos los salmos de un corazón fecundado por la Palabra, que da a luz a su vez, irresistiblemente, una nueva Palabra, Palabra que fue a la vez la suya propia y la de Dios: “De mi corazón brota un poema bello” (*Sal* 44,1). El salmo ha nacido.

Es, a la vez, fruto del corazón del hombre y fruto del Espíritu de Dios. Fruto del hombre porque refleja la experiencia que aquél acaba de vivir en su corazón. Fruto del Espíritu de Dios, porque esta experiencia había sido abierta y conducida sin cesar por la misma Palabra de Dios. Era la Palabra de Dios, inspirada por el mismo Espíritu de Dios, quien llevaba un nuevo fruto a través del corazón del creyente. Una oración de hombre nacida de la Palabra de Dios, pero que acaba por devenir Palabra misma. Una palabra de Dios volviendo a Dios, pero no sin haber llevado su fruto más exquisito: la oración del hombre.

Proceso vivificante del cual un ejemplo, sin duda el más importante, nos es dejado por la orante en el corazón del pueblo judío y en el umbral de la Iglesia, María, en su *Magnificat*. Este canto maravilloso le pertenece y no le pertenece. Es bien el fruto de su corazón, como Jesús era el de su seno. Pero es además el fruto de la Palabra, como Jesús era primero el engendrado del Padre. Todas las palabras de su canto le vinieron de un rumiar incansable de las Escrituras. Y, sin embargo, su canto no es un vulgar plagio, todo lo contrario: atraviesa por la experiencia inaudita que María acaba de hacer, habiendo concebido del Espíritu Santo. Surge de su corazón lleno del Espíritu Santo y de su corazón repleto de la esperanza de todos los pueblos. Es oración verdadera, suscitada por la Palabra de Dios y expresando el misterio que acaba de vivir. Al mismo tiempo, una oración como ésta es también oración de la Iglesia. Continuando el impulso de la Virgen, la Iglesia entera podrá para siempre reconocerse en el *Magnificat*. Al lado de otros salmos de la Biblia, el canto de la Virgen va a devenir la gran oración de acción de gracias y de alabanza de todos los salvados.

## **Una poesía orante**

La Palabra de Dios que resuena en los salmos no se asemeja enteramente a la Palabra de Dios tal como la encontramos en otras partes de la Biblia. Los salmistas dirán que ella se volvió canto, júbilo, danza, palmoteo. Se desliza en un cierto vocabulario, a veces misterioso y arcaizante. Abraza un ritmo particular y demanda a menudo algún acompañamiento instrumental. Diremos hoy, simplificando un poco las cosas, que la Palabra de Dios se hizo poesía.

No es menos importante para la oración cristiana que ésta tenga su nacimiento en una palabra poética. Lo que acabamos de decir sobre la manera en la cual la Palabra de Dios hiera el corazón del hombre, para suscitar en él la oración, nos orientaba ya hacia una experiencia de tipo poético. La Palabra de Dios no se dirige sólo a la inteligencia consciente del hombre; ella la toma en su totalidad, englobando todas las profundidades de su inconsciente en el sentido más amplio de la palabra. No comunica sólo una verdad, sino que nos acampa frente a la Belleza absoluta. Una palabra tan próxima del esplendor de Dios, tan llena de Espíritu, no podía tener otro recurso que la poesía. Como lo hará también la oración.

Toda palabra humana está llevada por un misterio. Nacida del corazón y del aliento del hombre, vehicula una cierta experiencia humana que es capaz de transmitir a otros. Puede resonar en registros diferentes y múltiples. Si la palabra humana deviene poesía, entonces despliega el máximo de sus virtualidades.

En el lenguaje de todos los días y, más aún, en el vocabulario preciso de los científicos y de los filósofos, el poder evocador de la palabra se encuentra reducido a una univocidad indispensable para la claridad del intercambio, pero permaneciendo inevitablemente en la superficie del ser humano. La poesía, en cambio, como el amor, restituye a la palabra toda su armonía. La palabra poética inviste a aquél que la escucha en todos los niveles de su ser. No es más solamente concepto, sino además luz, calor, música, color, embriaguez, nostalgia, sentimiento indefinible y la humildad de las cosas y de los seres y de lo infinito, que tratan de tocar. Toda palabra expresa la densidad de una vida intensa, de una plenitud de sentidos y de sentimientos que ella está en condiciones de compartir con todos aquellos que se abandonan a sus vibraciones en el recogimiento y la atención.

Sin duda hacía falta que la oración brotada del corazón del salmista se expresase en una palabra poética. Hacía falta que él fuese poeta. El Espíritu de Dios acababa de crear la oración en su corazón. Y para derramarla a su vez, él devendría también creador, *poietes* en el sentido más fuerte de la palabra, poeta. Pues en eso cada poeta se encuentra cerca de Dios, que ha creado todo por su Palabra: él también es llamado a perfeccionar la creación revelando, con la ayuda de todas las virtualidades de su palabra, el sentido escondido y eterno del universo que él canta.

Entrar en la oración de los salmos, es entrar por el movimiento poético y creador que se esparce a partir del salmo, movimiento que no procede sólo del espíritu del poeta de aquí abajo sino que es debido principalmente al Espíritu de Dios que se apodera del poeta. El espíritu del hombre, fuese él poeta, sólo conoce las profundidades divinas. Pero el Espíritu de Dios, en cambio, escruta todo hasta las profundidades divinas. Ahora bien, es ese Espíritu el que hemos recibido, “el Espíritu que viene de Dios a fin de conocer los dones que Dios nos ha dado” (1 Co 2,12). Es el mismo Espíritu del cual Pablo dice en otra parte que en el momento de orar él viene en ayuda de nuestra debilidad, puesto que no sabemos orar como se debe y que es él quien, en nosotros, intercede por nosotros con gemidos inefables (Rm 8,26). Así, a través de la palabra poética del salmo, somos finalmente asidos por el Espíritu de Dios e introducidos en la oración que él mismo no cesa de depositar en nuestro corazón.

### **Jesús salmista**

De la misma manera ha surgido la oración de Jesús. Esta reviste una gran importancia para nosotros, puesto que es la de nuestro sumo sacerdote; en su humanidad, estaba llamado a restaurar el gran diálogo litúrgico que, antes de la caída de Adán, en el momento en que Dios venía todavía familiarmente a conversar con sus primeras creaturas, no cesaba de unir el cielo con la tierra.

Que Jesús ha rezado y que lo haya hecho con las palabras del salterio, el Evangelio lo recuerda frecuentemente. Esta oración no sorprenderá si se evoca el lazo de intimidad propiamente esencial que, en el corazón de la Trinidad, unió el Verbo a su Padre. Era de esperar que esta comunión viniera a traducirse en la oración de Jesús, desde el momento en que el Verbo, encarnándose, toma sobre sí una naturaleza humana. Pero si reflexionamos sobre el modo, se plantea una pregunta. ¿Debió Jesús aprender a orar, como ha debido aprender a obedecer (*Hb 5,8*), por ejemplo? Recordando cómo un evangelista ha descrito la oración de Jesús con imágenes de lucha y agonía (*Lc 22,44*), no hay que dudar en responder afirmativamente a esta pregunta. La humanidad de Jesús era semejante a la nuestra, debilitada por las secuelas del pecado de las cuales él acababa de triunfar. Según el Nuevo Testamento, Jesús estaba en estado de ser tentado como nosotros, semejante a nosotros en todo, excepto en el pecado (*Hb 4,15*). Su corazón debió experimentar la dificultad de orar, como que su voluntad fue puesta a prueba antes de someterse a la voluntad de su Padre (*Lc 22,32*). Y, sin embargo, Jesús, en nombre de la dinámica misma de la encarnación, estaba destinado a devenir un signo fundamental y único de la oración. Está llamado a fundar la oración de un modo único hasta el fin de los tiempos.

Esta oración de Jesús no le ha sido legada ya hecha, ni sin penas. Ella formaba parte de la obra redentora. Jesús debía conquistarla con gran lucha, tanto para él mismo primero, como para nosotros después de él. La oración de Jesús fue, por tanto, pascual y salvadora. Gracias a ella, Jesús abre un camino en el propio corazón del hombre, un camino en el corazón de la humanidad, a través del cual la Palabra de Dios podrá penetrar para repercutir hacia el Padre en salmos y en oración. Para hacer esto, continuando a todo el pueblo judío y encabezando al pueblo de la nueva alianza, Jesús ha debido entrar en la escuela de los salmos. Él fue a situarse en el corazón del dinamismo del Espíritu que los anima. Murmurando y rumiando los salmos, su corazón terminó por ser herido, para que en esta herida de su corazón de hombre, llamado a devenir la fuente de una oración nueva, pudiese habitar y transparentarse la plenitud del amor del Padre.

Atravesando el corazón y la boca de Jesús, el salmo ha abierto una etapa decisiva. Sale de allí recreado y transformado. Así como Jesús asumió toda la naturaleza humana con sus debilidades, para estar en condiciones de salvarla en su integridad, del mismo modo se asimiló también la totalidad de la oración del salterio, a fin de que, con las mismas palabras, pero a través de su corazón, naciese la maravilla de la oración cristiana, aquella que expresa de ahora en adelante la madurez plena del hombre adulto en Cristo y que está segura de ser aceptada por el Padre.

Así, en la oración de Jesús, el poder poético y creador de la Palabra de Dios en el salmo alcanza su cumplimiento definitivo. Ella deviene palabra de la nueva creación, himno incesante de los cielos nuevos y de la tierra nueva, salmo de la liturgia celestial, eco en la tierra de la oración del sumo sacerdote que no cesa de celebrar e interceder por nosotros en presencia de su Padre.

### **La oración cristiana**

Es a través de los salmos rezados por Jesús que la oración cristiana nació. En Jesús, un corazón de hombre se hizo enteramente transparente a la Palabra y ha sido investido por ella. El corazón humano del Verbo de Dios devino receptáculo natural de la Palabra, el templo interior de donde esta misma Palabra debía surgir en liturgia nueva, desde donde la oración pascual de la Iglesia y de la humanidad entera no cesa de propagarse para siempre. En el diálogo de la creatura con su Dios, Jesús abre ahora un registro de una ternura infinita que sólo el Hijo en persona podía revelar. Dios no es más solamente el Creador, el Señor de los Ejércitos, la Roca inquebrantable o la Fortaleza de la salvación, tal como los salmos lo cantan. Sino que en adelante es simplemente: *el Padre. que está en los cielos*, cuya sorprendente proximidad nos es ofrecida en Jesús.

Esta oración conoce siempre la explosión de alabanza y de bendición frente a las maravillas de la salvación. Pero no debe más sólo conmemorarlas en la acción de gracias sino provocarlas y apresurarlas (2 P 3,12) por el fervor que inspira: *Santificado sea tu nombre.*

Ella celebra también la venida definitiva del reino de Dios, ya inaugurado en la Pasión y resurrección de su Hijo y aun a consumarse el día en que el universo entero le esté sometido: *Venga a nosotros tu reino.*

Ella entrevé ya el despliegue sin obstáculos del amor de Dios que llena el universo, hasta que el designio de misericordia esté plenamente cumplido: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

Ella se encarga de interceder por todas las necesidades de los hombres, a fin de que éstas sean escuchadas sin inquietudes, en total dependencia frente a un Padre que dé a cada uno según sus necesidades: *El pan nuestro de cada día, danos hoy.*

Humildemente, ella ofrece el mismo arrepentimiento que resuena a lo largo de todo el salterio como llamado y abandono a la misericordia de Dios, pero de ahora en más ligado al perdón y a la misericordia que el nuevo mandamiento de Jesús instaure entre todos los creyentes: *Perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.*

Ella hace oír el nuevo grito de angustia frente a la prueba que Dios ofrece a todos sus fieles, y en la cual el Hijo nos ha precedido victoriosamente: *No nos dejes caer en la tentación.*

Ella suplica poder triunfar del mal y de todos los enemigos, para entrar así en el triunfo pascual de Jesús que ha realizado de una vez para siempre, volviendo en adelante superfluas todas las imprecaciones de antaño: *Más libranos del mal.*

Así, la oración que Jesús enseña a sus discípulos, al salir de una noche pasada enteramente en la alabanza y en la intercesión, no hace sino retomar, profundizándolos por su propia experiencia de Hijo, los mismos sentimientos que habían hecho vibrar a los salmistas de antaño. Compendio admirable del salterio judío reducido a sus temas esenciales, los llamados del Padre envuelven y acompañan como un fondo sonoro, la salvación que Jesús está a punto de obrar y a la cual están llamados todos los cristianos después de él, retomando la misma oración en sus corazones.

## **Aprender a orar**

En muchos casos basta con encontrar un día un verdadero *orante* para que nazca un irresistible deseo de orar. Son muchos hoy, parece, los que llevan esta herida en el corazón, esta inclinación oscura pero insistente. Llamémosla un atractivo por la oración. Es ya un primer llamado del Espíritu en el corazón del creyente que impulsa a éste a abandonarse a una corriente misteriosa cuyo sentido y orientación son, apenas, entrevistos. Este atractivo trae con él una cierta facilidad al recogimiento, al despojamiento espontáneo de todo lo que podría distraerlo de su actividad que está en el interior y en profundidad.

Pero no basta abandonarse sin discernimiento a esta corriente interior para que brote una oración verdaderamente cristiana. Jesús, nuestro sumo sacerdote y salmista, debe todavía intervenir de alguna manera. El atractivo debe ser reconocido, identificado, tomado a cargo por el poder espiritual de la Palabra de Dios y, en particular, por esta Palabra hecha oración que se nos presenta en el salterio. Todo atractivo por la oración pasará de alguna manera a través de la Palabra de Dios antes de reunirse en nosotros, infaliblemente, la oración de Jesús y los gemidos del Espíritu. Oración primero pasada por el crisol de la Palabra de Dios, purificada, pero bien pronto también tomada a cargo por ella y animada por su soplo vivificante, que brota del poder mismo de Dios. Así, a todo discípulo que pide cómo orar, Jesús, aún hoy, le ofrece el salterio.

La palabra del salmo viene al encuentro del corazón del creyente en el momento en que éste se abre a la oración. No se trata de un proceso puramente intelectual que se contentaría con un análisis racional del salterio cuyos temas serían inmediatamente confiados a una reflexión más profundizada. Estamos, más bien, frente a una técnica puramente espiritual que los antiguos conocieron con el nombre de *meleté* en griego, de *meditatio* en latín. Pues bien, es que el salterio era para ellos el objeto por excelencia de esta *meditatio* espiritual, de este lento rumiar en el Espíritu Santo. Hoy urge encontrar esta técnica.

Esto reúne en parte las exigencias de una lectura poética del salterio, indispensable ya a nivel de la letra, porque esta oración está expresada en una forma altamente poética. Tanto más cuanto que este poder poético del salmo, como nosotros lo hemos visto, está enteramente al servicio del poder creador del Espíritu Santo. A través del salmo, el Espíritu se convierte en el primer poeta de la oración.

Para entrar en la oración de los salmos, aparece como indispensable una cierta lectura poética. Sólo una concordancia con el Soplo que ha creado el salmo, que continúa vibrando en los sonidos, la música de las sílabas, el ritmo de las palabras y de los versículos, el resplandor de las imágenes, puede abrirnos a la densidad que habita el salmo. Esto suscita el problema delicado de la traducción de los salmos en idiomas cuyo genio es inevitablemente extraño al del idioma del salterio.

El trabajo de los exegetas se revela aquí como de una importancia capital. Sin embargo no basta, a pesar de su competencia. Pues, cuando se trata de un salmo, su lectura poética coincide, la mayor parte del tiempo, con su celebración en la asamblea litúrgica. En efecto, muchos de los salmos deben sus orígenes a las celebraciones culturales del antiguo Israel. Y Jesús mismo, antes de hacer del salterio la trama de su oración personal, aprendió a conocerlo en las asambleas de la sinagoga o en ocasión de celebraciones en el templo de Jerusalén. La poesía de los salmos, en la mayoría de los casos, no puede ser plenamente valorada fuera de una liturgia. Ella supone una celebración.

La renovación litúrgica ha sido sensible al carácter único de cada salmo y a la manera por la cual su carga poética particular podía ser explotada en una celebración. Y a justo título. Se está ampliamente inspirado por técnicas tradicionales de salmodia que, en todas las iglesias y en todos los ritos, supieron crear un cierto clima apto para desempeñar todo el poder espiritual de las palabras utilizadas.

La característica principal de esas técnicas de salmodia consiste en su poder de interiorización. La densidad evocadora de los símbolos utilizados por el salmista se pone de relieve para promover y apresurar una progresiva penetración del sentido profundo del salmo en el interior de la conciencia comunitaria e individual. La celebración litúrgica favorece el rumiar colectivo del salmo lo cual arranca todo el sabor del mismo, para nutrir el interior de los corazones y dejarlos dilatarse en júbilo silencioso frente al Señor. En nombre de su naturaleza, el salmo deberá ser cantado y este lenguaje sonoro ser apoyado por algunos gestos. La cantinela sálmica es sin embargo discreta, el gesto excesivamente sobrio, justo lo necesario para que los medios de que dispone la poesía, imágenes, sonidos, ritmos, desplieguen toda su vitalidad e impregnen dulcemente el corazón de aquél que ora. Como todo poema, cada salmo tiene su ramillete espiritual; alcanza y hace vibrar a quienquiera le preste su oído.

De este modo, el salmo puede ser incansablemente repetido. Tiende incluso a serlo, tan pronto como el corazón ha entrado en el sutil hechizo de su corriente de oración. Es así como el salmo repercute, en incesantes ecos, a través de todo el tiempo que se dispone. Se lo retomará instintivamente. Vendrá a jalonar la duración: la noche se lo repite al día y las horas se lo dicen entre sí. Se crearán espontáneos relevos de oración a lo largo de los días y las noches, tentativas que renacen sin cesar para vencer la sucesión del tiempo y para desembocar en el eterno presente de Dios.

En efecto, es ya el tiempo de Dios que se deja ver, a través de la obra de su Espíritu, en el salmo. Pues, para abandonarse a ella, el poder poético del salterio hace entrar en un ritmo divino, el ritmo de Dios

que insufla la oración en el hombre. Poder espiritual del salmo que arrebató a sus *poetas* en vista de la sobria embriaguez de la oración.

En un momento dado de la celebración, el sabor del salmo, habiendo alcanzado el corazón de aquel que ora, reunirá allí la oración incesante que el Espíritu Santo profiere en gemidos inefables (*Rm* 8,26). En ese instante la oración nace en nosotros. La palabra del salmo produce un toque en nuestro corazón. Este toque es el fruto del poder poético de la palabra de Dios que nos viene del exterior. Pero ella es también huella del movimiento del Espíritu que, en el interior de nuestro corazón, reacciona frente a la Palabra, la reconoce, la hace suya, le presta su voz, para hacer prorrumpir exteriormente una intercesión que ha sido hasta allí propiamente inefable. En el momento de la unión entre los dos, la oración, irresistible, surge en nosotros. El salmo venido del exterior, deviene en verdad, nuestro propio salmo. El Espíritu Santo intercediendo en nuestro corazón deviene en verdad nuestra oración. Por intermedio de la Palabra divinamente poética del salmo he aquí que nuestro corazón ha llevado su fruto.

### **El silencio de la alabanza**

Este misterio se revela gracias a una cierta calidad de silencio. Es por esto que el silencio forma parte necesariamente de una técnica espiritual de la oración. Por otra parte ha encontrado muy normalmente su lugar en las celebraciones comunitarias de la liturgia post-conciliar. Y su papel allí es esencial. Momento de hacer un alto y de reposar en medio del desgranar de palabras, el silencio facilita la unión entre el texto del salmo y el corazón de aquel que reza. Importa preservarle toda su densidad. No es sólo ausencia de todo ruido externo –aun eventualmente, cese de todo fondo musical–, sino sobre todo cese de todo pensamiento, imagen o sentimiento susceptibles de acaparar o distraer en su provecho la energía espiritual de la Palabra. El tiempo del análisis conceptual o de la reflexión lógica pertenece estrictamente al pasado. Ahora adviene el momento de un apacible rumiar de la Palabra, en una atención despojada, vacía de conceptos y deseos, el corazón en estado de vigilia y profundamente disponible a todo impulso del Espíritu. Virginitad interior cuyo precio a pagar no podría ser una carga, tan indispensable es ésta a la Palabra para que pueda fecundar los corazones y llevar allí un fruto que permanezca.

Habiendo recorrido este silencio, se regresará a la palabra del salmo, pero la oración del salterio habrá cambiado entonces profundamente. El salmo no se ofrece más sólo exteriormente, no tiene casi más necesidad de esfuerzo para penetrar en su substancia. Pues es ahora desde el interior, desde el propio fondo de aquel que ora de donde surge el salmo. Es siempre el Espíritu Santo, con seguridad, quien inspira las mismas palabras de un mismo salmo, pero su soplo atraviesa en adelante la carne y el corazón del orante. La substancia del salmo ha devenido su propia substancia. Él es a su vez salmista, canta el salmo como si lo volviese a componer, continuando a los grandes inspirados del Antiguo Testamento y a Jesús mismo. Transcribe los salmos en su propia vida y toda su experiencia puede traducirse en salmos. Es incluso, en un sentido, inspirado él también, sea repitiendo las palabras de salmos ya conocidos, sea que los componga de nuevo –y ¿por qué no?– extrayéndolos, como lo hizo la Virgen orante, del fondo común de la tradición o de las profundidades de su propio corazón: “Que la palabra de Cristo habite entre nosotros en toda su riqueza..., cantad a Dios en vuestros corazones con reconocimiento, con salmos, himnos y cánticos inspirados por el Espíritu” (*Col* 3,16).

Puede ser que el salmista retorne a su silencio e incluso prefiera permanecer en él. Puede ser que sea eso lo que deba pasar a la larga... Esta evolución no debe sorprender. Con el tiempo, la variedad de las palabras del salterio no será más necesaria. No porque éstas sean gravosas, sino porque han llevado ya su fruto. Se han condensado en pocas palabras, a veces en una sola palabra, pero fundamental, una de esas palabras indefinidamente rumiadas donde se resumen toda la buena nueva de la salvación y toda la respuesta del hombre en oración. De diez cuerdas (*Sal* 92,4) que era al principio, el canto de la oración devino monocorde. Esta sólo encuentra su cumplimiento en esta monotonía sagrada que no cesa de proyectarnos en lo único necesario de la ternura de Dios.

El silencio devino entonces alabanza. Y si queda todavía una palabra, el solo Nombre de Jesús salvador nuestro basta, el Nombre bendito, invocado incansablemente, de aquél que es enteramente la alabanza de Dios Padre (*Flp 2,11*).

*Mont-des-Cats*  
*Francia*